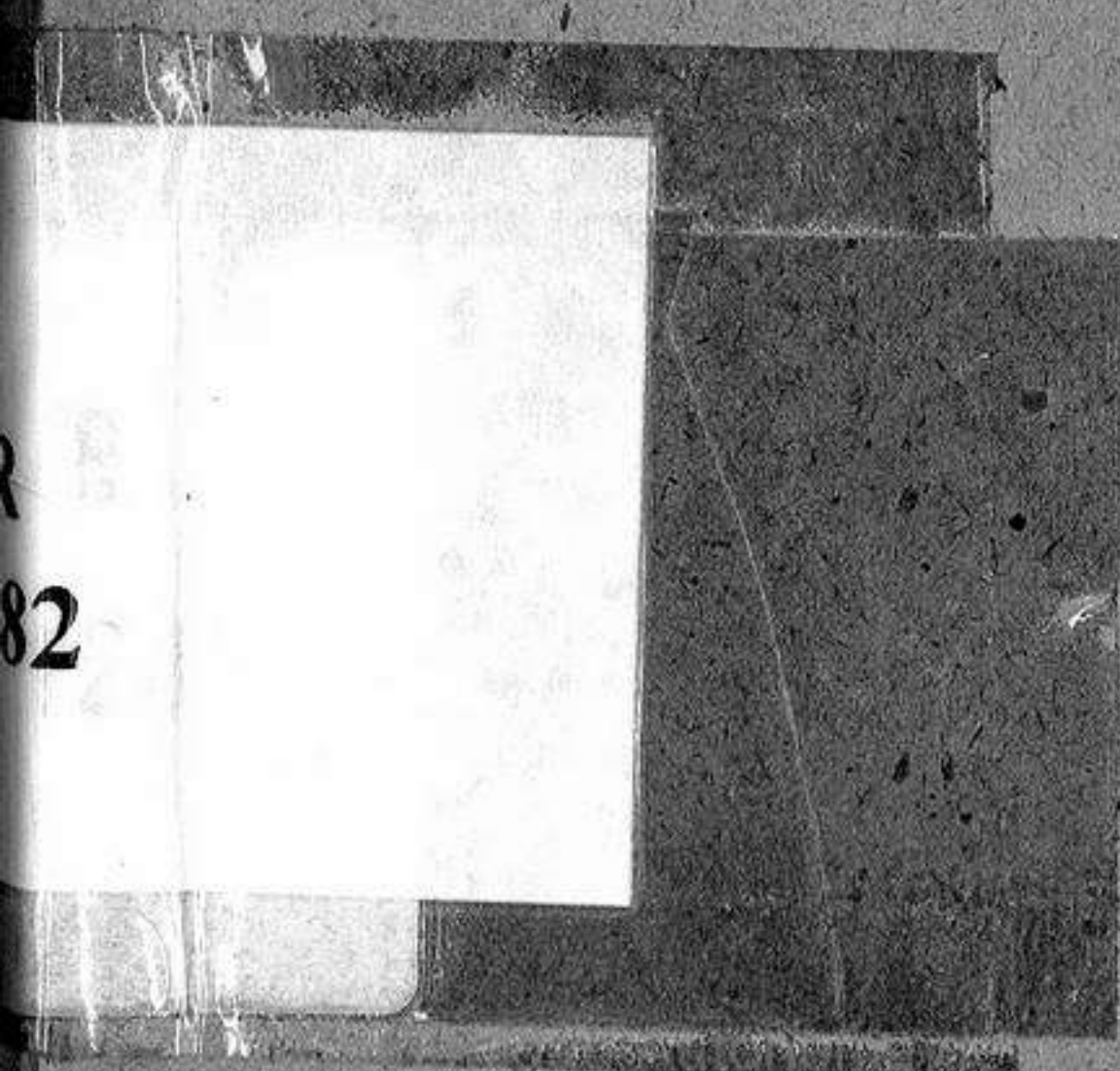


R

404/6

X



R
82

I. Titul.

860-11184

15.003. Propiedad de Intelectual

RECUERDOS DEL HOGAR.

TOMO DE POESÍAS

ORIGINALES

DE

José Ramírez de la Piscina y Gil.



Precio: 4 reales en toda España.

MARO.—1879

Establecimiento tipográfico de Pastor é hijos, Cruz, 28.

C. 44030

RECUERDOS DEL HOGAR.
TOMO DE POESÍAS

ORIGINALES

DE

José Ramirez de la Piscina y Gil.



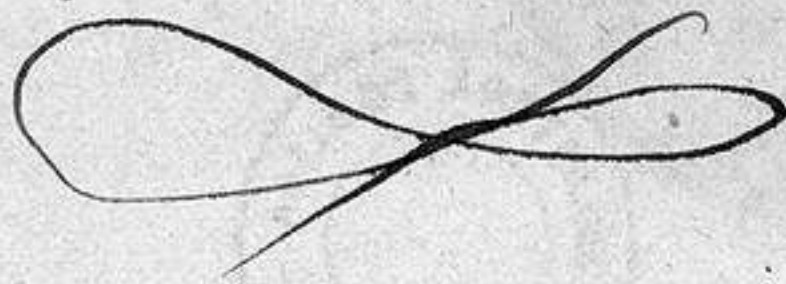
R. 21.534

HARO.—1879.

Establecimiento tipográfico de Pastor é hijos, Cruz, 28.

Es propiedad del autor.
• Queda hecho el depósito que marca
la Ley.

José Ramirez de la Piscina y Gil.



A MI QUERIDO PADRE.

Mi obra encierra tres santos recuerdos que siempre debe guardar el hombre: el de Dios, el de la patria, y el de la familia.

Si al recibirla, derramas una lágrima de cariño, yo sonreiré de placer, y mi madre nos bendecirá desde el cielo.

Sea ella el lazo de union de nuestras almas, y pues la vida nos ofrece, continuamente, desengaños y dolores, guardémosla con santo cariño, cual precioso amuleto; y la vida nos será menos amarga.

¡Ah, vivamos de recuerdos!

Si no creyésemos no podríamos reunirnos á mi santa madre, y si no hubiese sentimientos, la vida seria un erial, y no podria el hombre derramar lágrimas de consuelo, como yo lo hago ahora, enviándolas hasta tí, para que sirvan de lenitivo á tus penas.

Sí, padre mio!..., Sentir... Creer... Hé aquí dos santas palabras que me llaman á mi madre para rezarla, y hé aquí ellas, evocando en este libro, un dulce recuerdo, en el que te envia todo el acendrado amor que te profesa.

Tu Hijo.

PRÓLOGO.

El hombre; sér fuerte, atleta y rey del mundo, no puede olvidar aun en medio del placer y de la gloria, con la sonrisa en los lábios ó asomando el llanto á sus párpados, una idea constante que crece en su mente y quema á su alma: la voz de la pátria.

Por ella, el pigmeo se ha tornado en gigante, por ella, montones de cadáveres sirvieron de pasto á súcias aves de rapiña, y por ella paseó César en triunfo, y se derrumbó mas tarde el imperio romano.

Por ella, un padre se olvida de que lo es, y ante la cruel necesidad de entregar una plaza, que él habia conquistado, deja que la sangre de su querido hijo corra á los piés de aquella plaza. Aquel héroe, aquel español á quien la historia apellidó «Guzman el Bueno» sostenia dentro de su alma, la mas horrible de las luchas; pero dueño de sí mismo, con una voluntad de hierro, sofoca los latidos de su corazon, que quiere estallar en su pecho, contrae su rostro para que el llanto no asome á sus ojos, y reprime la hiel de su amargura, cuando oye los injustos cargos que le dirige su esposa.

Guzman, en terrible y constante batalla, hace que la voz pátria se sobreponga á la voz padre, y despues de crueles alternativas, despues de haber devorado en el

misterio, lágrimas de acendrado amor por aquel pedazo de sus entrañas, después de haber sonreído en público con la amargura que dá el dolor comprimido, se acerca al muro de la plaza que ocupa, y arroja al enemigo su propio puñal, para que inmole aquella víctima que es su alma, ya que su patria la reclama.

Ah! si al herir el homicida hierro el débil cuerpo del pobre niño, creyó lograr algo, se equivocó: tras los últimos ayes del moribundo, un ángel vuela á los cielos; tras la postrera lágrima del hombre que mira la ejecución de su hijo, con la hiel en el corazón, queda un héroe en la tierra, la cual vacila al peso de tanta gloria.

Si; esa palabra, esa santa frase, hace hervir la sangre en las venas, y hace abdicar de su sexo á una mujer, que en Zaragoza pone fuego á la mecha del cañon que lleva á los enemigos, el terror y la muerte.

Ella dá héroes y mártires que sonrien, ó en las gradas de un patíbulo ó en el escabel de un trono, y por fin deja siempre indeleble ese recuerdo tranquilo que jamás nos abandona.

¿No habeis observado, lectores míos, lo que pasa por vuestra alma, cuando os hallais lejos de vuestro país?

Ah, la nostalgia! esa enfermedad que tiene un nombre, porque necesitaba dársele, pero que no es mas que la falta del calor de esa patria que nos vió nacer y que nos llama en nuestros últimos momentos, para guardar cariñosa nuestras tumbas.

Dentro de todo hombre hay ideas tan tristes cuando esto sucede, que la enfermedad nos vá minando, y la muerte nos llama!

Ah! ¿Quién será aquel ser tan miserable que no recuerde cuanto decimos? ¿Quién será el que lejos de su patria, no lllore por ella?

Tal vez la asquerosa orgía apague por algún instante, este santo fuego que dentro del alma, arde en los al-

tares del honor y del sentimiento; pero cuando un desengaño se sucede á otro, cuando vemos huir las ilusiones, y ni una mano cariñosa restaña nuestro llanto, ni una voz amiga nos consuela, llegan entre nubes de gualda y carmin. esos recuerdos de nuestro hogar, que á manera de linterna mágica, nos van presentando aquel cielo. aquellos campos, aquellos arroyos; en una palabra, aquel suelo querido en cuyo seno vivimos al calor de la familia, y en el que aprendimos á amar lo bueno, y á apreciar el amor de la mujer, y á llorar sobre las venerandas tumbas de nuestros mayores. Llega hasta nosotros aquella niña cariñosa, casi ángel, que con nosotros creció, que sonrió con nosotros, y que enjugó nuestras lágrimas, mientras restañábamos las suyas.

Llega entre oleadas de pasión, aquel beso, aquella sonrisa, aquella trenza de pelo, aquel dialogo lleno de candor, que escuchó el cristal de un arroyo ó el hilo de plata de una fuente, y llegan, en fin, aquellas innúmeras escenas que se repiten incesantemente dentro de nuestro propio hogar, y aquellas dos sombras sagradas por quienes sentimos veneración y por quienes ostentamos nuestros nombres con orgullo: nuestros padres. A su calor crecemos, con su cariño vivimos, y con sus sanos consejos aprendemos á ser hombres, y ensayamos nuestros primeros pasos en la senda del trabajo... Padre... nombre querido; dulcísimo eco que resuena con agradable melodía en nuestros corazones, y que nos alienta si vacilamos, si lloramos nos consuela!

El que, como el modesto autor de estos recuerdos, viene á la vida, y al lanzar el primer vagido, al pronunciar mas tarde la primera palabra. no halla al lado de su cuna al ángel de pureza, que paga sus sonrisas, con besos, sus gracias, con ternura inefable, es el que mejor puede apreciar cuanto decimos, precisamente por que lo llora perdido. ¿Sabeis lo que es una madre? Ah! An-

te este solo nombre nos sentimos capaces de todo, y el que la llama y no le escucha, el que abre sus ojos para ver, y tiende las manos para sostenerse, y ni objeto ni apoyo encuentra, el que marcha vacilante al lecho de sus mayores y encuentra un lugar vacío, derrama una lágrima, y la eterna sonrisa de su boca se hiela, y la ventura de su alma se pierde.

Pobre huérfano! La vida será para él un erial, y cuando vaya probando uno á uno los desengaños no tendrá el triste privilegio de contárselo á su madre.

Ah, vosotros me comprendéis!

Vosotros, pobres séres, que habeis perdido la vuestra, sabeis lo que es esto, vosotros, pobres hijos del infórtunio, sabeis lo que cuesta este dolor: el alma se pierde en un dédalo de confusiones, al comenzar el raciocinio, y se elevan los ojos al cielo, y la duda hiela nuestro pecho.

¡Si estos renglones llenos de llanto son bastante á expresar el dolor de la pérdida que siento, sea para tí, madre querida, la lágrima pura del hijo abandonado que vuela hasta el cielo, para unirse como perla á las de tu corona de mártir y ángel!...

Pero, dejémonos de digresiones penosas, para venir al verdadero punto de la cuestion que aqui tratamos, porque la historia de un hombre, de un pobre átomo de la creacion, causa lástima á los menos, y risa ó desprecio á los mas.

La voz de la pátria que es la que me ha inspirado estos recuerdos, ora levantados ó sublimes, ora tristes, es la que dá argumento al libro, pobre como mio, que presento á vuestro juicio: si consigo una lágrima de vuestros ojos ó un latido de vuestro corazon, quedaré satisfecho de mi obra.

En ella irán, como dice Espronceda, versos, donde vaya mi gusto, y procurando despertar los recuerdos de

vuestra pátria, haré que mi sentimiento supla á mi corta imaginacion.

¡Libro es este, en verdad, original!

Hoy, edad de la razon y siglo del oro, parecerá ridículo en exceso mi pensamiento, y no dudo que algun crítico se ensañará con mi obra, que no le falta sentimiento, si bien no se ajustará, tal vez, á todas las reglas del arte literario.

Mas... ¿Qué importa? El llanto crecerá y se desbordará en el cáliz de la amargura, pero al fin nos igualará á todos la muerte. Sí; en esa triste y última mansion todos seremos iguales, y el pobre libro que muere apenas nace, como á este sucederá, la grande obra, el célebre tribuno, el elocuente orador, el más sábio y el más ignorante, tendidos sobre frias piedras de mármol, ó entre tierra repugnante y súa, dormirán para siempre, sin que el viento repita un lamento y sin que el cielo ilumine un ataud.

Las liras se verán colgadas de tristes sáuces, y ya sin cuerdas, serán arrastradas por frio aquilon, y sobre todo este campo de inmenso olvido, de cruel desnudez, un ser fuerte que todo lo dominará con su potente voz, y ante cuya gloria todo será nada, pues contará los seres dividiéndolos en buenos y en malvados. Sí, si en nuestros corazones no palpitasen dos sentimientos, si en nuestra mente no brotasen dos constantes ideas: Dios y la pátria, seríamos autómatas en vez de hombres, y prescindiríamos de todo, porque nada satisfaria nuestras aspiraciones.

Yo con estas dos santas ideas, con estos dos sublimes sentimientos, he hecho vibrar las cuerdas de mi lira en este pobre libro, y si la crítica lo mata, ó su misma insignificancia, siempre habré logrado tener un amigo, tal vez el único, que temple mis amarguras y me de fé para seguir mi calvario.

Por otra parte, me creo demasiado pequeño para llegar á la gloria, y nada nuevo espero oír de mi libro, mas que lo que yo mismo me he dicho: si algun crítico te censura, no faltará una alma sencilla que contigo sienta, y un desgraciado que llore contigo.

Si así sucede, que lo espero, será una ilusion nacarada que resaltará entre mis dolores, y que á la vez servirá de emblema á la inmensa gratitud con que te guardará en su corazon.

EL AUTOR.

POESÍAS.



POESIAS

A LABASTIDA. (1)

Pueblo feliz en cuyo seno vivo
cuna de mis mayores que venero:
yo desde el fondo santo de mi alma
una lágrima pura doy al viento.

Noches dulces de amor, edénpreciado
de placeres sin fin, tranquilo puerto:
¿dónde están los acentos de tus torres,
dónde de tus campanas los lamentos?

¿Perdiéronse tal vez? No ¡Desdichado!
perdióse para mi solo, aquel tiempo,
que lo que ayer un paraíso fuera
es hoy estéril y árido desierto.

Soñar, siempre soñar, creernos hombres
y de inocencia en pos, solo hallar duelos
dó ventura y placeres concebimos,
y amistades sin fin y amor eterno.

Si algún día preguntan á tus muros
si me viste llorar por mis recuerdos...
¡Cállalo, por piedad! que yo sonrío
y burlando al dolor, vivo muriendo.

(1) Labastida: villa de la provincia de Alava. (Rioja Alavesa).

Yo tambien de tus casas á la sombra
y á la ruina de feudos polvorientos,
oculté mi pesar si me miraban
y el rubor asomó sin conocerlo.
Si, patria, en algun tiempo con fortuna
y con nobleza y con poder y feudos...
Yo no quiero llorar sino á tu sombra
del mundo y de los hombres siempre lejos.
Yo en la noche serena y apacible
en contemplar el éter me entretengo,
y acompañado solo de mis lágrimas
tu dicha ó tu dolor doquier contemplo,
¡Qué quimeras acuden á mi mente,
qué historias y qué mágicos ensueños;
si alguno en esas horas me acechara
me creyera tal vez falto de seso!
Mas ¡ay! el que de artista el alma siente
y de su inspiracion quémale el fuego;
á la vista de calles olvidadas
y de ruinas que salen á su encuentro,
piensa en dos cosas santas, porque viven
en Dios y en el pasado, con recuerdos.
Cuando en mi viaje entre tus casas pobres
extático seguia en mis ensueños,
saltaban á mi paso mil fantasmas
y vivia de ayer, cual viven ellos.
De algun castillo en almenada torre
grítaba enano, repulsivo y negro,
por la agrietada boca de una ojiva

asomaba un señor su rostro inquieto,
y en las revueltas calles, galopando
venían damas, pajes y guerreros.
Sobre la roja cresta del castillo
la sangre del esclavo iba cayendo,
y á la voz de caudillo poderoso
corrían á hermanarse, santos pueblos.
Yo ví salir tras de la piedra fría
que cubre el apartado cementerio,
limpiando sus mondadas hosamentas
afilados y horribles esqueletos.
Yo los ví poco á poco transformarse
en valientes y nobles caballeros,
y oí sobre los duros adoquines
sonar á sus espuelas y á sus hierros.
¡Oh, cuando ví los séres que venían
cubiertos con vestidos de otro tiempo,
cuando ví á los mas nobles, que aclamaban
con este pobre nombre que yo llevo,
y caer á sus piés los mas altivos
y llamarles monarcas opulentos...
no sé lo que sentí, de mi cabeza
brotaron en raudales cien infiernos,
y una lágrima ardiente en mi megilla
al resbalar dejó frío en el pecho!
¿Con que reyes legáronme su nombre,
con que monarcas nobles y opulentos
mi apellido mostraban con orgullo
y de gloria llenábanle sus fueros;

con que yo tengo entre mis venas sangre
de hombres que sostenian fuerte cetro?...
¡Dios mio: sea gloria mi pobreza
ó déjame por siempre en este sueño!...
Desdichado de mi! ¿Qué pretendia?
¿Qué locuras pensaba entre recuerdos?
El hombre, como el mundo, cumple leyes
y todo acaba en uno ú otro tiempo.
Asi cual tu trocaste, pueblo santo,
la casa de ladrillos por los feudos,
así cambió mi hogar y mi familia
y los grandes tornáronse en pequeños.
¿Qué importa un pobre ser? Es el pasado
donde escriben los hombres de este tiempo,
y solo el Creador puede la historia
leer, de las edades que aun no vemos.
¿Y aquel sueño de amor, y aquella idea
que feliz me tornara; por qué luego
se extinguió para siempre, por qué, loca
huyó para mi mal y dióme duelos?
¿Y aquella candidez con que soñaba,
y aquella eterna dicha de mi lejos?...
¡Patria, patria querida! ¿Por qué hastías
si tú ayer me prestaba su consuelo?
¡Ay... locura... ilusion... Tras del magnate
asoma en el poder el tosco obrero;
tras del placer, dolor; y tras de aqueste
esa gloria eternal del alto cielo!



EN LA TUMBA DE MI QUERIDA MADRE.

Yo vengo á buscar de hinojos
sobre tu sombría piedra,
y entre la dalia y la yedra,
mi mísero corazón.

A hablar vengo con mi madre
los diálogos del misterio,
al calor del cementerio
y de mi pura ilusión.

Al apartado recinto
donde todo yace muerto,
mi corazón casi yerto
vuelve á la vida á salir.

Y entre la tumba y el cielo
de mi madre al soplo santo
derramo copioso llanto
que mitiga mi sufrir.

Fria piedra, solitarias
y místicas azucenas;

cruces santas y serenas
que presidis el dolor. |

—
No hay felicidad mas suave
que la que se siente al veros,
no hay goces mas verdaderos
que de este sitio en redor |

—
En este lugar se olvida
que nos persiguen los años,
se olvidan los desengaños
que de ellos llegan en pós. |

—
Y solo queda en el alma
el recuerdo puro y santo
de quien secó nuestro llanto,
y quien nos creara: Dios. |

• • • • •
Por eso tras las sombras de la noche
en que la duda quema al pobre pecho,
hasta el lúgubre sitio de la muerte
camino con mi triste pensamiento.
Por eso con mi horrible desventura
que intenta hasta mi sér llevar lo ateo,
á sepulcro olvidado, solo, y triste,
voy en busca de puros hemisferios.

Preciado campo-santo; frias tumbas!...
yo dejo mi plegaria en vuestro seno,
y la llevo hasta el cielo donde mora
la madre santa que veló mi sueño.
Fantásticas ondinas, blancas hadas
que los aires poblais en el misterio!..
A mi madre decid que temple el llanto,
que es el hijo hoy feliz, cual ayer, mísero.
Decidla que en sus quejas ora cese,
pues Dios un corazon dejó en mi pecho;
que no lo gastarán placer ni gloria
ni desengaños, ni dolor acerbo.
Decidla... pero callen vuestras voces
que el aire llenan con sublimes versos!...
No hay lenguaje mas santo que el que guarda
esa azulada alfombra de los cielos.

.....
El silencio, es la oracion
que á nuestro Dios elevamos,
y es la sentida cancion
que brota del corazon
cuando á la mujer amamos.

—
Es la lágrima de pena,
es la sonrisa del alma,
es la ilusion más serena,
es el recuerdo que apena
y la mas dichosa calma.

Es el yo, que en nuestra mente
rompe de la duda el hielo,
es el suspiro candente,
y la perla del ausente
que vá titilando al cielo.

Madre! Cuando en tu morada
llore tus tristes despojos,
no me contemples de hinojos...
No soy yo! Es la immaculada
chispa de tus santos ojos!

Es una parte del sér
que unió al mio su destino,
es hermoso amanecer
que cerca le creo ver
en mi desierto camino.

Ah, no llores, madre mia!...
Cual el imán al acero,
de tu piedra sola y fria
parece que me atraia
un acento lastimero!..

Lloras?! No: seca tu llanto...
No sé por qué, pero siento
hace tanto tiempo... tanto...

que aspiro tu aliento santo...
Que me atrae el firmamento...

—
Lloras?! Restaña tu lloro...
No me ves sereno... firme...
morirme, dices.. Te adoro
y marchó tan solo á unirme
con mi mas caro tesoro.

—
Voy de tu aliento á aspirar
el perfume embriagador...
No me dejes! ¡Ves llorar
de donde estoy, en redor?!
Quiero contigo gozar!

—
Si; de tu tumba. ¡Oh fortuna!
quiero ir á ti. ¡Sé clemente!
Que el mundo, penas me aduna,
y quiere besos mi frente
que llevaste de mi cuna.



CONTRASTE.

Cuando sobre la alta cumbre,
extático y fatigado
siento mi ser excitado
por mundanal oropel.

Y la tempestad estalla,
y el trueno ruge potente,
y queda el cielo candente;
contemplo cerca á Luzbel.

Mas cuando en la misma cumbre,
extático y fatigado,
el postrer rayo dorado
ir veo del sol en pos.

Y luego la luna sale
mas allá, sobre la sierra,
y queda en calma la tierra...
entonces contemplo á Dios.

LA NOCHE SERENA.

Todo en silencio yace,
todo descansa en calma,
y ni la sùtil brisa
tus hemisferios baña.
Apenas si se escucha
el murmurar del agua,
y entrelazadas flores
ofrecen su fragancia,
en tanto que en el cielo
la luna solitaria,
sobre la fértil tierra
sus resplandores manda.
Ya de arroyuelo tímido
se quiebra entre las aguas,
ya en hilos juguetea
entre alameda vasta,
y ya sobre las flores
su colorido cambia,
ó riellando en rio,
en su corriente para.
Ya imita allá á lo lejos
en ruina solitaria,
negro fantasma, horrible,

que á devorar se lanza,
ya el temor sentir hace
si entre los robles pasa,
ó muéstrase serena
dando dichosa calma,
y en silencioso curso
á nuevos mundos marcha.
La soledad se mira,
las puras, suaves auras
cabe el azul del cielo
tan silenciosas pasan,
que acariciando al rostro,
las vé, las siente el alma
que en el placer palpita,
cuando al pesar lloraba.
Si, noche venturosa,
noche de paz y calma:
tú das al desgraciado
consuelo en sus desgracias,
y cuando á mi te acercas
altiva, soberana,
que mis pesares, pienso
los llevarás en alas
de tus ceruleos tules
ó tus plateadas gasas.
Cuando al pesar vencido,
en mi impotente rabia
hácia la tierra vuelvo
y siempre encuentro «nada»

cabe el añoso roble
de corpulentas ramas,
entre neblinas de oro
y de zafir y plata,
tu firmamento miro,
tu luna solitaria,
que como el bien, serena,
como el que sufre, pálida,
voga tan silenciosa
en la region mas alta.
Y con la fé, que un dia
para mi mal dejara,
al ver las mil estrellas
que en el azul destacan
creo que el cielo, es trono
de un sér que no le basta
la plenitud del mundo,
por que en el hombre manda,
y mora dó no pueden
morar mas que las almas,
que esencia de su esencia
y de su gracia; gracia,
al firmamento suben
por que su Dios las llama.



LA NOCHE DE TEMPESTAD.

¡Oh noche! Yo te saludo,
lleno el pecho de cariño,
que te amé desde muy niño
con infantil ansiedad.

Tu tristeza me extasiaba,
tus sombras y tu misterio,
tus tormentos, tu hemisferio
y tu densa oscuridad.

¡Te siento! vienes envuelta
entre negros nubarrones,
cabalgas sobre aquilones
en los antros del horror.

Y es tu trono el negro caos,
tu reino las negras nieblas,
tus huríes las tinieblas
y tu vasallo el terror.

Desde tu seno profundo,

horrible culebreando
sale, las sombras rasgando,
el relámpago á brillar.

—
Y apenas la luz se extingue
en tu cóncavo palacio,
por el dilatado espacio
el trueno se oye pasar.

—
Tras él envueltas en fuego
grandes gotas se desprenden,
que en la atmósfera se extienden
para luego descender.

—
Y desde la negra altura
vienen, en las piedras botan,
y las paredes azotan
con mucha fuerza, al caer.

—
El viento, entre las maderas
de ventanas y balcones,
ruge con lúgubres sonos,
que á algunos causan terror.

—
Y el trueno potente vuelve,
y el relámpago palpita.

y el agua se precipita
en esta noche de horror:

Se oyen allá lejos, voces
en ruidosa algarabía,
ó la exclamacion sombría
de quien implora piedad.

Y se oye cruzar de aceros,
se sienten tristes gemidos,
y sonos roncos, perdidos
del mundo en la oscuridad.

Se oye el sonar de las copas
y de músicas el coro,
ya se oye doliente lloro
ó ya se oye sonreír.

Y se vé el agua, con fuerza
en montones descendiendo,
se oye del trueno el estruendo
y el rayo se vé lucir.

Cruza en carrera de vértigo,
desde su seno profundo
hasta los ejes del mundo,

que intenta tal vez minar.

—

Y las nubes centellean,
el espacio se enrojece,
la lluvia descende y crece
y el viento se oye silbar.

—

Ah! Desde la altura viene
á traer dulce beleño,
que hasta mi conduce el sueño
con embriagador placer.

—

Y en sus brazos me columpia
al compás de la tormenta,
que mis dichas hoy aumenta
al recordar á mi ayer.

—

¡Soy feliz! La nueva aurora
bañará mi altiva frente,
veráse el sereno ambiente
tras las sombras palpitar.

—

Y quedará aqueste mundo
sobre sus vicios durmiendo,
y le veré sonriendo,
con sus crímenes luchar.

—

Comprenderé que su sueño,
tal vez mísero alimenta,
terrible, peor tormenta
que la que se vió lucir.

—

Pues la una ya disipada,
queda el cielo despejado,
la otra deja nublado
el cielo del porvenir.

—

Mas... dejemos que este mundo
vogue en loca algarabía,
nunca turbe mi alegría
su bandálico placer,

—

¡Y á soñar entre los brazos
de tí, oh noche tempestuosa!
que el alma buena y dichosa
en calma te puede ver.



LÁGRIMA Y SONRISA.

Una lágrima miré
en tus ojos palpar,
y en el momento noté
que sentía germinar
en mi corazón, la fé.

Mas al verte sonreir
para matar mi ilusion,
ví que era mi porvenir,
triste llegar á morir
sin la fé en el corazón.



LA NIÑA ABANDONADA.

En una fértil llanura,
en aquesa hora de calma,
en que el sol ya medio oculto
á otro horizonte resbala.
Una mujer «mal he dicho»
que es una niña, marchaba
de cespced por una alfombra...
¡Tan pensativa, tan pálida,
y tan llorosa y tan triste!
Que mas que las esperanzas
que hacen de esa edad dichosa
foco de ilusiones santas,
parece que en torno de ella
tan solo el dolor resbala,
y por eso, conmovido
ante aquellas puras lágrimas,
crucé estas sentidas frases
con la niña abandonada.

— Niña hermosa!

— Caballero!

— ¿Quién te ofendió?

— La desgracia.

— ¡A tu edad!

— Soy ya muy vieja!

— ¡Cual tu inocencia se engaña!

— No me engaño.

— Pues, qué tienes?

— Nada tengo.

— ¿¡Cómo, nada!?

— No. Caballero: me queda
por amiga, la desgracia,
y de lejos vengo triste
sin fé, sin Dios ni esperanza;
pues ni regar puede el llanto
las frias tumbas que guardan
los restos de pobres padres,
á quienes la suerte aciaga
les dió una fosa comun
que ni una cruz la señala.

— ¡Pobre niña!

— Si, muy pobre.

Por eso el que amé con ansia
por otra me abandonó,
y con la hiel en el alma,
hace que mi fé perdiendo,
lejos de Dios y mi patria
vaya á tocar el ocaso,
cuando en el cénit brillaba.

— ¡Pobre niña!

— Si, muy pobre.

Porque ya no tengo nada,
porque del pesar existo,
y porque con mi desgracia

he perdido Dios y fé
y la riente esperanza.

—Tú deliras.

— No deliro.

—Estás loca.

— ¿Cómo?

— Anda

hasta llegar al final
de esta llanura pelada,
que encontrarás un santuario
y en él una hermosa dama,
que curará tus heridas,
que recojerá tus lágrimas;
pues como la primavera
no puede secar las plantas,
como en un campo de flores
no pueden brotar las zarzas,
en un alma de quince años
no puede la duda nada.
En esa edad hay creencias,
entonces no se declama
contra ese Dios de bondad,
y es eterna la esperanza.
¡Pobre niña, qué ilusiones
te forjas en tu desgracia;
qué figuras te presenta
tu moral linterna mágica!
Si ahondar pudieras el tiempo,

no digo que blasfemaras;
pero de la primavera
en la mas pura alborada,
vivir sin Dios y sin fé
y sin la dulce esperanza?...
Pobre niña! No lo dudes.
Te trastornó la desgracia,
y es preciso que le pidas
del santuario á aquella dama,
resignacion y consuelo
para que te dén la calma;
pues ella siendo mas buena
que tú, soportó la infamia
de ver morir en la cruz
al hijo de sus entrañas,
y la fé no abandonó,
y por eso se la llama
cuando, cual tú, se la siente
ir envuelta con las lágrimas.»
Y cogiendo de la niña
aquella mano nevada,
enderezando sus pasos
por entre abetos y zarzas,
hasta los pies la conduje
de la vírgen, que con ansia
perdonóla en el momento
todas sus dudas amargas,
y secó buena aquel llanto

de la niña abandonada,
con un paisaje riente
do se leía: mañana.



EL POETA Y EL RUISEÑOR.

En una rama de un árbol
canta el gentil ruiseñor,
y á la sombra de sus hojas,
un bardo, de su arpa al són
versos dice, que del alma,
son ecos que van á Dios.
El ave canta sus penas,
sus duelos el trovador,
y del mundo abandonados
hombre y pájaro á una voz
dán sus plácidas canciones
mensajeras del dolor;
que si el viento entre sus alas
con silencio las guardó,
Dios en lo alto de los cielos
premia la dulce canción,
al ruiseñor con su nido,
con su gloria al trovador.



UN RECUERDO.

¡Sencillo y dulce hogar de mis mayores,
por fin cansado hasta tus puertas llego!...
Recuerdos vengan á mi inquieta mente,
de aquella edad, preñada de deseos.
¿No ois de la campana los quejidos?
Su lengua de metal los lanza al viento,
y los sencillos labradores dejan
su pobre, si, pero tranquilo lecho,
y al templo acuden á dejar plegarias
y salen de él á trabajar cual buenos.
La mansa oveja en el aprisco brinca,
escúchase el sonido del cencerro,
y el gallo canta en el corral vecino,
y la canción se escucha del obrero.
La voz de hosana en la capilla se oye
el sacerdote sube al presbiterio,
y el monaguillo, ronca campanilla
hace sonar, mientras al alto cielo,
de la nítida forma de la hostia
se eleva Dios al pueblo sonriendo.
Susurra el aire entre el ramaje verde,
el ruiseñor entona tiernos ecos,
y el valle todo púéblase de ruidos

y entre piedras de nácar pasa el Ebro.
Allí están sus riberas; ya sus aguas
cual gotas de rocío van cayendo
sobre la verde, menudita yerba,
que á sus orillas dora el rubio Febo.
Allí están esos árboles gigantes
que respetan los fuertes elementos,
y allí la vega, y la cascada alegre
que mancha á borboton el ancho suelo.
Allí la choza humeá del vecino,
allí, aquellas casitas en estrecho
abrazo se han unido, como se unen,
los santos corazones de sus dueños.
¿Oh, por qué ya pasaron esas horas
de armonías sin fin y de recuerdos?...
Pueblo mio, tu forma no ha variado,
ha sido ante el dolor, mi pensamiento!
Tranquilo hogar donde á pasión nacía
el tierno corazón dentro del pecho...
¿Dónde está el querubin que te habitaba
que no escucha, cual antes, mis acentos?
¡Callado estás: tus puertas y balcones
no me dejan mirar de tí en el seno;
estás sombrío cual fantasma triste,
en tu interior no se oye ni un acento!
Llamaré.. desgraciado .. no se escucha
nada... la muerte, soledad, misterio...
¿Dónde estás?... Corazón contén tus ayes...

angel era; tal vez voló á los cielos.
Si, ya de tu casita me separo,
mis pasos guio al triste cementerio...
Que cuando en este mundo no responden
se vá á las puertas del tranquilo cielo.
Llegué por fin: el mismo es el recinto
donde yacen los glóbulos deshechos
de la sangre que bulle entre mis venas,
llevando al corazon olas de fuego.
El mismo campo-santo: flores mustias,
cruces, matas, ortigas, rosal seco,
alto ciprés, algunos huesos súcios,
y sobre todo aquesto, mil recuerdos
confundidos con penas y oraciones,
con lágrimas sin fin y frios restos.
Esto jamás varía; en su recinto
el gérmen lleva que creó lo eterno,
y el hombre cede á la pasion, y muda...
pero el que muere, yace en el misterio
que jamás en sus fases ha variado,
porque al soplo palpita de los cielos.
A sus puertas estoy: mi pobre alma
no sabe ante el dolor de creer cierto
lo que ya ha comprendido, si á los ojos
debe dejar que vean frios restos.
¿Qué importa; si es la duda mas horrible
que la mas triste realidad? Lleguemos;
y si la cruz me dice que mi amada
dejó cabe ella ayer sus pobres restos,

llorémosla como hombre, y cual cristiano
á su memoria ante la cruz recemos.
¡Gran Dios., si.. no me engaño.. ese es tu nombre!
Al soplo del dolor subiste al cielo,
y mas feliz que yo, por tu Dios vives
y respiras de Dios el mismo aliento.
¡Ay, del mundo detrás corriendo loco
probé el dolor hasta llorar mis duelos,
pero tanta tristeza cual hoy gusto
no la probé jamás: te lo confieso!
Pobre, olvidado, triste... ¿Qué es la vida,
si de etapa en etapa, el sufrimiento
á nuestros ojos sin cesar la pone
como un estéril y árido desierto?
¿Qué soy yo, pobre sér, qué dirá el mundo
cuando me vea descender cual bueno?...
¡Ni una lágrima sola á mi memoria
tras mi tan solo el general desprecio!
Ay, Amalia! Si desde el alto trono
ves lo que sufre el corazon desierto,
de seguro que á Dios perdon le pides
para que olvide mis pasados yerros.
Si, merézcolo al fin: quien de la vida
probando los dolores mas acerbos,
á su pátria camina sin apoyo,
y despues de incesantes sufrimientos,
hasta el recuerdo santo de tu nombre
vé convertido en sombra, en humo, en sueño...
el sér mas infeliz es de la tierra,

porque su dicha vió perderse lejos,
y frío encuentra en el hogar vacío
de aquel ángel hermoso de sus sueños.

Sus mayores descansan en la fosa,
sus amigos, también, ¡oh Dios! murieron,
y solo quedan seres que le miran
tal vez la repulsión hácia él sintiendo...

—¿Quién es el que ha llegado?

Algun infame.

—Fué á la iglesia!...

Qué importa?

Pues no acierto!

—Hipócrita será, ó algun...

Prosigue.

—Alguno de esos ruines caballeros,
que aborreciendo todo lo sagrado
viven mal, y así mueren.

¡Dios eterno!

Y en tanto el pobre que, cual yo, camina
del santo templo al santo cementerio,
del frío de su hogar al del retiro,
de tu recuerdo á su infeliz recuerdo,
es el ruín malvado, es el leproso
que huyen todos si llegase hasta ellos
y lo mas que consigue, de los niños
ser la risa, el ludibrio, ó el desprecio.
Pobre mortal; si las tranquilas ondas
por mí pasaran, del feliz Leteo,
si dentro de mi pecho, consiguiera

ahogar todos mis tristes sufrimientos;
qué feliz viviría!... Mas, dejadme
á solas, si, con mi cruel tormento;
que es infame el mortal indiferente
que ni rie ni llora de recuerdos.



BERTA, LA ZAGALA.

(LEYENDA.)

I.

En la falda de Toloño, ⁽¹⁾
que con sus luces mas diáfanas
dora el sol, entre los brezos
una sencilla zagala,
al paso que cuida ovejas
contempla al monte extasiada.
Vedla: su lindo corpiño
lleva de rioja á la usanza:
son sus cabellos el oro,
sus finas manos el nácar,
y son sus ojos el cielo,
y mórbida su garganta.
Cubre el cabello brillante
una toquilla de gasas,
y entre ellas dos ricas trenzas
van á morir en su espalda.
Lleva en su mano un cayado
con el que la tierra raya,

(1) Monte de Toloño. A su pié se alza Labastida.

y un perro á su lado brinca
sobre su falda nevada.

Berta: la rica pastora
de estas sencillas comarcas,
la que mata por amores
y á la pelea les llama
á los mas apuestos mozos
de las riberas riojanas;
de mal de cariño herida,
por un pastor suspiraba,
como ella es hermosa, hermoso,
zagal, como ella zagala.

Y por eso su entusiasmo
crece al mirar la montaña,
por donde baja su amante
con sus blanquísimas cabras.

II.

Dios debió crear amor
al tiempo de amanecer,
que al ver el primer fulgor
se siente sublime el sér,
porque se ama al Creador.

Lorenzo: el sencillo amante
de la divina zagala,
con su rebaño delante

ecos de cariño exhala
por su corazon constante.

Ecós de pasión sincera,
que acompaña de un laúd,
dulce, amorosa quimera,
que el monte guarda doquiera
á la par que su virtud.

Sencilla endecha amorosa
que baja el perfume al llano,
hora de cariño hermosa
que hace á la mujer, esposa,
y santo al hombre villano.

Ay! Al calor de su beso
se une el mundo con su Dios;
en un amoroso exceso
deja el bien su sello impreso
y el sér, de Dios marcha en pos.

Por eso el sencillo amante,
por su divina zagala,
con su rebaño delante
ecos de cariño exhala
por su corazon constante.

Y al terminar su cancion
de Toloño en la espesura
cuentan que la vibracion
perdióse entre la onda pura
de otro amante corazon.

III.

A los pies de Toloño, suave aurora
extendia sus hebras de esmeralda,
y ensayaban las aves, dulces trinos,
y supreciado aroma la flor daba.
Allá, entre las encinas seculares
la tórtola gemia abandonada,
y sentidas leyendas de cariño
Lorenzo y Berta, buenos relataban.
La niña suspiró, su tierno amante
dió en un ay, de pasion sentidas lágrimas,
y rizó el cefirillo sus cabellos,
y embalsamó el ambiente, flor preciada.
El pájaro cantó sentidas trovas
escondido en el hueco de una rama,
y en el eterno edén del sentimiento
los zagales, de amor se saturaban.
Su gloria está en amarse, su nobleza
no mira la verdad mas que en sus almas,
y comprenden que hay horas en la vida
que jamás las dá aliento una palabra.

Te adoran? Si los lábios lo revelan
ó desvío ó rubor sientes con ansia,
si te aman, y se callan, y te miran,
tu llorando de amor, miras y callas.
Para qué no decirlo? Aquel cariño
que germinó de Dios en region santa,
los mortales jamás le comprendemos
y llamamos amor á nécia farsa.
¡Oh, zagales sublimes! Con locura
apuren la pasion vuestras miradas,
que asi en el cielo quieren los querubes
y Dios goza en su amor y les dá gracia.
Amad! Cabe la falda de Toloño
no se escuchan jamás, risas satánicas...
Aqui no hay ni mentiras ni traiciones,
que tan solo el candor aquí se guarda.
Y asi lo han comprendido los zagales,
asi, y á las caricias de las auras,
un santo beso de pasion sintieron
y enlazaron sus cuerpos y sus almas.
Ah! Canta, canta pájaro sublime,
y en la fronda, en el viento, y en el agua,
gocen de puro amor estos zagales
y vean un rosado lontananza.

VI.

Mirad! Alli dó vimos los amantes

hay un sepulcro carcomido y negro,
sobre él hay una cruz, detrás espinos,
al rededor jarales, matas, brezos.
Mas allá, pobres robles, alguna ave,
que tal vez al acaso dá su vuelo
buscando su amor que no responde,
ó tras sus pobres hijos, que murieron:
El viento gime: la elevada cima
blanco sudario cubre, pardo el cielo
pequeños copos á la tierra manda,
y el cuervo grazna y lloran los mochuelos,
El frio puebla la region oscura,
su túnica de nieve dále al suelo,
y todo dice al que lo mira: piensa:
la muerte es de los mundos: el invierno.
Pobre mortal! Sonríe; cuando sale
el placer de sus lábios, llanto acerbo
á sus ojos empaña, y los querubes
se convierten en tristes esqueletos.
Qué fué de los zagales? Algun dia
al resplandor del sol, placer sintieron;
hoy Berta deshonorada en otros lares,
hoy al pié de Toloño el zagal muerto...
Mundo al fin! Mas dejemos digresiones
y lleve el narrador al fin los hechos.
Berta lejos de aquel hogar bendito
olvidó á su zagal, por ella muerto,
y entre la farsa y la asquerosa orgía,
su inocencia perdió y sus sentimientos.

Ay! muy tardé miró su desventura;
al recordar llorosa su buen pueblo,
á su casa llegó, la halló en escombros,
y á Toloño marchó... mas: contemplemos.
¡Lorenzo! ¿No la vés? La pobre Berta
avanza á tu sepulcro frio y negro,
aquella es su figura interesante
deforme hoy por la pasion y el tiempo.
Sí; la pobre zagala, aquella hermosa
que todo lo rendía al sentimiento,
se olvidó de su hogar, y en su locura
perdió su bien y marchitó su cuerpo.
Oh! zagala infeliz! Entre las nieblas
vió pasar en tropel tales recuerdos,
que en lágrimas deshecha, só el sepulcro,
oró por su zagal, por su Lorenzo.
Sus manos estrechó, sus tibios ojos
se fijaron medrosos en el suelo,
y se sintió morir, y gritar quiso,
y su grito se ahogó dentro del pecho.
Ay? Al mirarse sola, al ver que triste
la muerte destacábase allá lejos,
la zagala á los cielos le suplica
perdon para sus pobres devaneos
y del sepulcro, erguida se levanta,
de locura, tal vez, presa ya siendo.
Desdichada! La falda recorria,
la cruz besaba con tonante beso,
y la sonrisa entre sus lábios víase

ó en sus opacos ojos, llanto y duelos.
El monte en el sudario de la nieve
iba sus altas crestas envolviendo,
y los robles, sus ramas y sus troncos,
y la tierra, sus matas y sus brezos.
En lo alto de Toloño se asomaba
lobo feróz, y sanguinario, y negro,
y la nieve caia mas copiosa,
y la loca doquier, iba rugiendo.

.
Noche de tempestad, triste;
tu dices al pensamiento,
que dude, si es que vacila,
que lllore y sienta, si es bueno.
Tu, poniendo á nuestros ojos
ese lontananza negro,
haces que á nuestros hogares
aborrezcamos por miedo.
Mas, no: si la pobre loca,
si la reina de otro tiempo,
en la noche de tormenta,
entre las matas y brezos,
con el frio de la nieve
y entre troncos macilentos,
y entre animales feroces
y entre luto y entre muertos,
discurre triste, olvidada;
nosotros nunca odiaremos
el santo hogar, que no puede

jamás perdonar un yerro.
Qué hizo Berta? Si adorando
á su buen zagal Lorenzo,
el dulce nombre de esposa
le hubiera dado en el templo,
no veria ese paisaje
doquier de lágrimas lleno,
sino uno de eterna dicha
al calor de su Lorenzo.



EN TU TUMBA.

Soledad, triste misterio,
en esta morada brota;
una pobre lira rota
entre oscuro cementerio,
y una sepultura ignota.

Una corona de flores
heladas como la muerte,
tristes, como tus amores,
sombrias como tu suerte,
solas como tus dolores.

Una borrada inscripcion
de un nombre desconocido,
un cadáver corazon,
un madero carcomido
y una postrera oracion.

A UN CASTILLO.

Cuantas veces á tu pié,
castillo de mis mayores,
cogí mil pintadas flores
con las que te engalané.
Cuantas veces, ay, miré
desde tu oscuro cimiento,
tus torres, que al firmamento
tocar locas intentaban,
porque en su seno guardaban
la nobleza y el talento.

Allí, lejos del rüido
del mundo, y sus falsedades,
contemplaba otras edades
que yacían en olvido.
Bajo sus muros, dormido
veía aquel pueblo fiero,
que soldado y caballero
defendiendo sus blasones,
supo mirar las naciones
bajo el filo de su acero.

En mi ilusion ví salir
al noble pueblo de ayer,
le ví ardiente renacer
para marchar á morir.
Le ví de sus tumbas ir
altivo, resuelto, osado,
y viniendo del pasado,
valiente arrojar su guante
á este presente infamante
que solo el vicio ha creado.

Y luchó: siempre venciendo
con su valor admirable,
siempre se le vió indomable
sus derechos defendiendo.
Entre el mas horrible estruendo
vió de enemigos la huida,
y aquella pronta caida
que así se dejó sentir,
presagiaba un porvenir
lleno de gloria y de vida.

Mas ¡ay! triste y abatido,
de mi éxtasis al volver,
sin ilusion pude ver
que todo estaba dormido.
En el mas profundo olvido
descansaban los colosos,

y hasta el fondo de los fosos,
del castillo descendian
piedras que se desprendian
al peso de hechos gloriosos:

Aquella gran fortaleza
que otro tiempo pregonaba,
en ruinas se desplomaba
llevándose su nobleza.
Aun decia en su pobreza
cómo se muere el valiente,
y la humanidad presente
aün intentando odiar,
no la podia nombrar
sin inclinarse su frente.

Aquellos muros hoy son
dignos de eterno respeto,
por ser desnudo esqueleto
de noble generacion.
Alli siente el corazon
placer y tambien tristeza,
pues en toda fortaleza
el romanticismo flota,
y hay en cada piedra rota
un recuerdo de nobleza.

Por eso, siempre á tu pié,
castillo de mis mayores,
cogí mil pintadas flores
con las que te engalané.
Cuántas veces, ay, pensé,
que de entre tanto señor
solo quedó el trovador
que tus grietas examina,
para ver si aún la ruina
sabe mantener tu honor.



A LA LUNA.

¡Oh luna! De lo mas alto
del azul del claro cielo,
sobre tí un mundo de gloria
y otro bajo tí en tormento;
mandas á aquel que dominas
tus plateados reflejos,
y miras indiferente
sus mas risueños proyectos.
¡Oh, cómo cambian tus luces
si lo haces de cerca ó lejos,
si alumbras escenas reales
ó tal vez vagos misterios!
¡Cómo rielan tus rayos
en el placer ó en los duelos,
y qué formas mas variadas
bordan y visten tu cerco!
Sí, yo delirante marchó
tras de tus puros reflejos,
y bajo todas las fases
hoy busco mis predilectos...
Aquí juegas en la fronda
en hebras de blanco velo,
y dás á dichosos séres

el mas dulce y casto beso;
mas no es aqui do te busco,
no es donde verte deseo.

Allí rielas tranquila
sobre caudal arroyuelo,
y haces de sus gotas. perlas,
y un abismo de su seno;
mas ¡Luna! no es aun allí
donde encontrarte deseo.

Entre los árboles juegas,
en la cascada, siguiendo
su vertiginoso curso
con ella te pierdes lejos,
y con el verano ries,
y lloras con el invierno,
y eres gigante en murallas,
y sobre ruinas, misterio,
y en los jardines, ondina,
y entre los bosques, el beso
mas púdico, del amor
que jamás, amantes dieron.

Mas ¡ay! Luna, no consigo
mirarte donde yo anhelo,
dó te busca el solitario,
donde te admira el ateo,
donde lloran nuestros ojos,
donde está el dolor... ah... cielos!...

Ya te diviso, ya triste

veo el pálido reflejo
que proyectas sobre el rostro
de un inanimado cuerpo...
¡Sí, aquí yo te buscaba,
ay, por fin, Luna, te encuentro!



A UNA ERMITA.

Al pié de roca escarpada
hay una pequeña ermita,
mansion por siempre bendita
y de todos respetada.
Sobre la buena morada,
virtud una cruz predice,
y al nécio mundo le dice
que allí se aprende á rezar,
y que es cada piedra altar
en donde á Dios se bendice.

Ofrécenla sus amores
y sus cándidas sonrisas,
prados, flores, aguas, brisas,
y canoros ruisenores.
El cielo, de mil colores
viste su azulado velo,
y hasta el tranquilo arroyuelo
doquier sus gotas quebrando,
pasa la mansion besando
con loco, febril anhelo.

Allí, los festivos días,
llevan sus preciadas galas
las mil sencillas zagalas
de todas las cercanías.
Sus mas puras alegrías
se hallan en las oraciones,
y en los brazos de ilusiones
á una imágen las elevan,
y en cambio la virtud llevan
sus hermosos corazones.

Sí, la virtud por doquier
allí se mira lucir,
donde se sabe sentir
y al rüin vicio, temer.
Hasta el mas infame sér
ante tal lugar se para,
y con asombro repara
que se dobla su rodilla,
y que á su pesar se humilla,
calor sintiendo en la cara.

Y es que aquella cruz bendita
que se vé sobre el tejado,
con sus brazos ha guardado
de los vicios, á la ermita.
Que aquella blanca casita

La salvacion nos predice,
y con sus virtudes dice
que allí se aprende á rezar,
y que es cada piedra, altar
en donde á Dios se bendice.



ENRIQUE.

(LEYENDA.)

I.

Labastida yace en calma:
muy cerca del pobre pueblo,
una mujer casi ángel,
casi querube un mancebo,
al pié de una cruz de piedra
que escucha sus votos tiernos,
cuéntanse ebrios de pasión
sus amorosos ensueños,
saturados de inocencia
y preñados de proyectos.
Enrique y Blanca: dos niños
pobres sí, pero muy bellos,
allí se buscan alegres,
al dejar el hemisferio
el astro rey, que á otros mundos
lleva sus rayos de fuego.
Los amantes, que adivinan
por instinto el sentimiento,
buscan esa hora de calma
saturada de misterio,

y allí se cuentan su amor
y se dicen sus proyectos.

—Me amarás?

— ¡Hasta la muerte!

—Me lo juras?

— Lo prometo.

—No me olvides.

— Tu, tampoco.

—Nunca!

— Adios.

— ¡Oye!

— ¡Te quiero!

Y aquesta frase postrera
que repite siempre el eco,
la pronuncian sonrientes,
con la emocion en su pecho,
con la vista en sus pupilas
y el cielo en su pensamiento.

II.

Al pié de la misma cruz
está Enrique con su Blanca;
ella llora, calla y tiembla,
él tiembla, llora y se calla.
No sé que negro presagio
acude á sus pobres almas,
pero es lo cierto que sufren
y que sufren porque se aman.

Ay! Enrique está lloroso,
su voz muere en su garganta,
y su corazon se oprime
y su tristeza le mata.

Duda tal vez? No: escuchemos
tras una ligera pausa,
y el diálogo que comiencen
nos dirá por qué lloraban.

— ¡Ay, Blanca!

— ¡Enrique!

— Mi padre
me ordena que de aqui parta.

— ¡Triste de mi!

— Yo te adoro,
pero le obedezco, y!...

— ¡Marcha!

— No me amas!

— ¡Ingrato!

— ¡Oh, Dios!

— Tu no me quieres!

— Yo!? Manda

cuanto desees, que jure
no mirar nunca otra dama,
dime que jamás te olvide,
que mi vida dé...

— ¡Ah, gracias!

—Pero no hacer lo que ordene
mi padre... por Dios... no lo hagas!

—Pues bien...

— ¡¡Qué?!

— Júrame Enrique,
por esta cruz veneranda,
quererme hasta que volvieras
y luego llevarme al ara.

—¡Blanca mia!

— Lo prometes?

—¡Con mi corazón!

— ¡Ah, gracias!

Y acercándose á la cruz,
con las manos enlazadas,
ante Dios, un juramento
trocaron aquellas almas.
¡Qué hermoso cuadro! La niña
su puro llanto restaña,
el tierno y gentil mancebo
reza, y tiembla, y mira, y calla;
y cuando desde el ocaso
el sol su fulgor mandaba,
oyóse el ruido de un beso
con el de las lindas jarcias,
un trino del ruiseñor,
el eco de una plegaria,
y el vuelo caudal de un ave
que el cénit atravesaba.

III

El tiempo pasó: la cruz
só el mismo lugar se asienta,
y suena igual la campana
en la torre de la iglesia.
El monte bordan los árboles,
y el arroyo gime ó juega;
pero los hombres, al soplo
de la suerte se despeñan,
y en el vacío rodando
húndense en la fría huesa.
Pobre Enrique! A su país
llega con su ilusión muerta,
y sabe que en un convento
Blanca quedó tras sus rejas:
Mira que al correr iluso
tras mentiras halagüeñas
perdió su calma y su amor;
y mira en la fría huesa
los restos de sus mayores
que solo por él vivieran.
Vedle: ya llega: las lágrimas
de sus párpados gotean,
y siente fuego en el pecho
y frío siente en las venas.
Con mil pensamientos tristes
al bendito hogar se acerca,

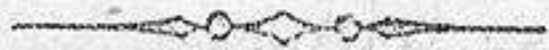
y tiembla al mirar la cruz
dó aun vé palpitar promesas.
Ay... desdichado! ¿Qué hiciste
de lo que ayer prometieras?
¿Dó fueron tus juramentos,
dó tu amor, dó tu fé ciega?
Perdidos entre las notas
de orgias que el alma secan,
huyeron para tu mal
y te trajeron las penas.
Detrás del fuego del crimen
se hizo el corazon pavesas,
y solo quedó tu llanto
que tus males te recuerda.
Si, ¿No la ves? Ésa cruz
sobre su base de piedra,
te llama pobre perjuro
y tus errores te muestra.
Esa cruz, es de tu Blanca
la querida compañera,
y ante ella lloran tus ojos
y se inclina tu cabeza.
Mas... perdona: ¿Quién no sufre
por parecidas escenas?
¿Quién es el hombre que es ágel
y no perdió su inocencia?
Tu, como todos, del mundo
seguiste las pobres huellas,

y ambicionaste placeres
y solo encontraste penas.
Tu, como todos, de Blanca
olvidaste las promesas,
y amaste á quien te ultrajó
y perdiste tu fé ciega.
Si, del mundo caminando
por las sombrías revueltas,
dejamos el corazon
en la duda que nos hiela.
Todos, cual tú, en la jornada
última de la existencia,
hallamos á nuestro paso
esa santa cruz de piedra.

IV

Al pié de aquella cruz, comprendió Enrique
lo que vale el amor que es el primero,
y lo que cuesta la ilusión mentida
y lo que es el llorar un pobre yerro.
Cerca de aquella cruz, vió casi loco
perder su porvenir allá á lo lejos,
y allí aprendió á ser hombre, y levantóse,
triste, sí, mas el ánimo sereno.
Ay! Al eco perdido de los valles,
al contemplar las casas de su pueblo,
el llanto resbaló por sus mejillas
y sintió al corazon palpitar fuego.

Vió ya lejos á Blanca y sus mayores,
vió una cruz, una tumba y un convento,
y al cielo dirigió sus tristes ojos
y se sintió otra vez surgir sereno.
Pobre Enrique! La paz; esa ventura
que el apartado claustro le dá al bueno
presentóse á su mente ya gastada
y sintió su conciencia surgir luego.
¡Fé santa! Religion! Vuestros altares
dan al triste, sublimes pensamientos,
y ante ellos se disipan nuestras dudas
y sentimos de Dios el puro aliento.
El mortal es feliz al contemplarlos
y deja atrás sus horizontes negros,
y al brillo de virtud se mira en calma
y reza, y se arrodilla, y se hace bueno.
Si, del noble mancebo la memoria
aun conservan los pobres lugareños,
y dejan en su tumba una plegaria
y con fé le bendicen en sus duelos.
Aun aquel ermitaño bondadoso
que lavó con su fé sus pobres yerros,
es el apóstol popular, que guía
nuestras almas, á Dios, entre recuerdos.



UN CONSEJO.

Riojana, riojanica
de largas trenzas,
y la de ensortijadas
rubias melenas;
tú pecho no ame,
si ser la reina quieres,
de estos lugares.

Aquí la fresca brisa
tus huellas sigue,
ya huye, ya se acerca,
ya canta ó gime;
y juguetona
corre de tus cabellos
hasta las lomas.

El prado te dá flores,
perlas el río,
el cielo sus estrellas,
las aves, trinos;
y hasta la fuente
copia en sus puras aguas
tu faz de nieve.

Cuando el sol desde el cielo
su luz derrama,
anunciando otra alegre
nueva mañana;
vienes cantando
á interpretar del rio
los ruidos varios.

Gorjean entre flores
los pajarillos,
alguna mariposa
juega en tus rizos;
y todo alegras
con tus muchas virtudes
y tu belleza.

Así vives, libando
los puros goces,
así te deja el dia,
te halla la noche;
porque hasta el alma
no ha llegado, del mundo
la nécia farsa.

Ay! No abandones nunca
tu buen retiro,
no te finjas placeres

en otros sitios;
porque ambiciones,
matarán tu belleza,
tus ricas dotes.


No quiera sobre todo
sentir tu alma,
esa pasión de amores
que á veces mata;
sonríe alegre
y no toque tu boca
la clara fuente.

No se posen tus lábios
en sus cristales,
si quieres ser la reina
de estos lugares;
que su agua esconde
el germen de la muerte
que dan amores.

No llegues cerca de ella,
sino es tan solo
para en su superficie
mirar tu rostro;
y vé cantando

á interpretar del rio
los ruidos varios.

Riojana riojanica
de largas trenzas,
y la de ensortijadas,
rubias melenas;
tu pecho no ame
si ser la reina quieres
de estos lugares.



AL CAER LA TARDE.

Caminando distraído
ya la tarde al declinar,
fui sin saber, á parar
cabe un muro carcomido.
Aquella mansion de olvido
despertó mi sentimiento,
y flotando el pensamiento
de la tristeza al calor,
acaricié con amor
mi casual aislamiento.

La noche llegar se via,
el sol á morir marchaba,
la campiña reposaba,
y la tarde se perdía.
La brisa llegaba fría
tristemente murmurando,
y solo de vez en cuando
en aquella mansion muerta,
alguna hoja mustia, yerta,
desparecía rodando.

Al mirarlo, de mí en pos
la tristeza ví surgir,
solo comprendí vivir
para recordar á Dios.
Sentí el postrimer adios
que al mundo dá la natura,
y en mi pobre desventura
miré helada, triste, inerte,
á la descarnada muerte
durmiendo en su sepultura.

Entonces, ¡ay! palpitaron
mis recuerdos, confundidos,
y en lágrimas convertidos
mis mejillas escaldaron.
Uno por uno rodaron
llevándose mi placer,
y presentando mi ayer
mi antes halagüeña historia,
ví muy fugaces la gloria,
la riqueza y el poder.

Ví en mi pobre fantasía,
viles amantes del oro;
vi al lado del goce, el lloro,
chocarse en infame orgía.
Ví la ruin hipocresía,
de la virtud con el velo,

y entre atmósferas de hielo,
en los brazos del morir
las ví hallar su porvenir
en aquel sombrío suelo.

Ay! Entonces contemplé
que allí, felices reían
los que mártires vivían,
sufriendo siempre con fé.
Muy diferente pensé
en aquel triste lugar,
de cual solía pensar
en el descreído mundo,
y sentí un placer profundo
al ver que pude llorar.

Alegre caí de hinojos
ante el elevado muro,
y el sentimiento mas puro
fué desde el alma á los ojos
Encerré allí mis enojos,
y dando el postrer adios
á aquella mansion, en pos
corrí del mundo, creyendo
que contemplé sonriendo
en la soledad, á Dios.

AL PROGRESO.

No, no son ilusiones! En mi mente,
ya vienen, ya se van, ora se acercan,
ora están tras un dia refulgente,
que un momento miré, ora me cercan.
Y en raudales de luz y de armonía
me dicen: adelante: en la pelea
vencedora saldrá la poesía,
y triunfante verás la ardiente idea.
Sí, lánzate atrevido, mas murallas
tu génio no tendrá, porque la aurora,
de la envidia rüin, rompe las vallas
y vá, y vuelve y se agita vencedora.
Sus! Atrás los espíritus morosos
de esos viles del hoy agonizante;
el mañana es la ley de los colosos,
el hoy el del pigmeo vergonzante.
No mas vacilacion. ¿Acaso el hombre
lucha al obrar así con la locura?
¿No le dijo su Dios: conquísta un nombre,
libre por eso te hago, criatura?
Pues sí es divina la feliz empresa.
¿Por qué en el ócio atravesar la vida?

!Siempre, tú eres ¡mortal! de vicios presa
si en la inercia contemplas tu caída!
El retrógrado imbécil y cobarde
ni á Dios admira ni por él pelea,
el ¡ya lo haría! es su asqueroso alarde,
el pan su cetro, y su pesar la idea.
¡Pobres párias del mundo! Sois enanos,
de los hombres del Dios y del mañana,
sois en la vida lúgubres milanos
que apestais á la hermosa caravana.
Si de mi lado huid; porque no quiero
que en mi alma dejeis baba candente
de veneno letal; huid, primero
que escupa el retroceso mi alba frente...
Muerto al fin quedaré, y á Dios llamando
al arrastrarme hácia la tumba fría,
iré á las gentes, con valor trazando
el mas sereno, inmaculado día.
¡Oh, grandioso progreso: yo te admiro,
yo por tu causa pelear deseo;
apoyados en tí los dioses miro
y en tu libro inmortal sus glorias leo.
¡Por tí solo viví! Desde muy niño
quise leer tus páginas benditas,
y con llanto de gloria y de cariño
regué mis esperanzas infinitas.
¡Ay del que no te vé, ay del que loco
á tus hijos insulta y atropella!
Para crear, el infinito es poco,

y deja el que destruye, negra huella.
No comprende que Dios le dijo al hombre.
¡Si Creador me ves y eres mi hechura,
vive para crear; conquista un nombre,
pues que libre yo te hago, criatura!
Y es fama que al pasar el azul velo
el alma de un titán; eco profundo
su gloria canta en el divino cielo,
que responde á otro canto de este mundo.



EL HUÉRFANO.

En esa hora de tristeza
y de misteriosa calma,
cuando el sol ya en el ocaso,
sus postreros rayos manda,
el mas soberbio castillo
veíase en lontananza,
que antes al calor del feudo,
lleno de vida se hallaba,
tal vez dando abrigo á nobles
que blasones ostentaban,
Quizá aquella fortaleza
bajo sus pardas murallas,
vió de una buena familia
las afecciones mas gratas,
y tambien guardó tal vez
en altiva castellana,
el corazon de una madre
donde amor su fé levanta.
Allí el tierno niño, que hoy
llega, traspasada el alma,
placeres por placer diera
amor por amor trocara;
mas ¡ay! el tiempo pasó

con sus destructoras garras,
y de la vida hizo muerte,
plebe, de la aristocracia,
cenizas, de la nobleza,
reyezuelos, de los párias:
Hoy, solo huérfano pobre,
llega, traspasada el alma,
y á los piés de aquel castillo
entona esta triste cántiga.
«Noble hogar, que recogiste
mis ilusiones mas gratas,
ayer amores vendias
hoy solo el olvido guardas,
ayer, cariñosa madre
mis lágrimas restañaba,
y hoy soledad por doquier,
muerte, misterio, humo, nada.
¿Dónde mis mayores fueron,
dó están sus franquicias varias,
dó sus límpidos blasones,
dónde sus fuertes mesnadas!
¿Qué fué de aquel territorio,
qué de tus altas murallas,
qué los nobles ballesteros
qué sus familias? Ah... nada:
Solo el silencio, que es siempre
el aterrador fantasma,
qué la muerte nos oculta,
hoy responde á mis palabras.

Solo el silencio doquier,
solo esa tristeza vaga,
que entre misterios acoge
al pobre, que amor reclama.
Mas ¡ay! no estoy solo: siento
que en mi pecho me acompañan
esos recuerdos perdidos,
que mas tristes aun mas matan.
Y que siguiendo al mortal
hasta su postrer morada,
hacen de su pobre vida,
un mundo de tristes lágrimas.
Infeliz! Este castillo
guardó mi ilusion mas grata,
en él aprendí á rezar,
y aquí me meció la santa
madre, que en el alto cielo
dará á Dios, por mí, glegarias.
Aquí latió el corazon
por gloria, familia, y fama,
aquí un porvenir soné,
y aquí del amor en alas
dí al ángel de mis ensueños,
sobre una cruz, mi fé santa.
Aquí me vía dichoso,
aquí la dicha se hallaba,
y hoy es árido desierto,
hoy es mansion solitaria,
que á recibir se dispone

en su seno, á quien sus plantas
besa con ese dolor
que hace perder la esperanza.»
Y el triste huérfano llora
sin familia, hogar, ni pátria,
y de aquella fortaleza
cabe la altiva muralla,
cae el mísero, pensando
en horas menos aciagas...
Y el viento lleva sus ayes
que la existencia le arrancan,
la soledad sus suspiros,
la oscura noche sus lágrimas,
un cementerio su cuerpo,
y un Dios de bondad su alma.



EL TROVADOR.

(FRAGMENTOS.)

Nació para ser un ángel,
entre la clase del pueblo,
pudo muy bien ser feliz
pero vióse en él, el génio,
y amó con romanticismo,
sintió cual lo hacen los buenos,
y los demás le pisaron,
y sus ayes llevó el viento.
Quién es? Es un trovador.
Como se llama? Laurencio.
Y tiene por pátria? El mundo.
Y su vida? Es un misterio.
Fortuna tiene? Se ignora.
Es virtuoso? Hasta el extremo.
De dónde viene? No ha dicho,
ni importa nada el saberlo.
El con nobleza se porta,
él es bueno entre los buenos;
y puesto que con bien llega,
y canta sonoros versos;
ni le preguntéis su vida
ni le echeis de vuestro suelo.
Pues hombre que como él viene,

ya sea su pátria lejos,
sea ya rico, ó ya pobre,
noble ya sea, ó pechero
hospitalidad merece
donde existe el sentimiento,
y un pobre cuarto, del cual
llegue á ver un poco cielo,
para que tras su descanso
pueda inspirarse en sus versos.
Sí; paso á ese trovador
que diz se llama Laurencio,
y si aun puede ser feliz
la felicidad le demos;
que no en todos los paises
se dá al artista, el desprecio.
Al que camina á la gloria
y lleva por amuletos
el trabajo y la virtud,
siempre ayudarle debemos;
que es dicha para nosotros
el que ocupe el primer puesto,
pues las virtudes del hijo,
al padre honran por reflejo.

.
.

Señora, la de los ojos
de arrobadoras miradas,
la del pelo de azabache,
la de nítida garganta,

la de lábios coralinos,
la de los dientes de nácar;
no temas que tu tirano
quiera tornrrte en esclava;
que eres en mi cielo, diosa,
y en mis harenes, sultana.
No temas: nunca á tus ojos
asomen las tristes lágrimas,
que mientras duermes yo velo,
miemtras me olvidas, con ansia
sigo de tu huella en pos
olvidando mis desgracias;
y no osará tu tirano
llegar á tornarte esclava;
que eres en mi cielo, diosa,
y en mis harenes, sultana.

.



ÚLTIMAS NOTAS.

(FRAGMENTO.)

¡Tortolilla mansa y pura
que vienes á mi ventana,
y juegas con mis violetas
y vuelas entre mi parra;
hojas de yedras queridas
que llegais á mi morada,
á besar en mis cristales
y á mandarme en la mañana
gotas de puro rocío,
tal vez de gratitud lágrimas!
Adios, ya mi pobre pecho
no tiene ilusiones gratas,
y no podrá daros risas
ni sus amorosas ansias.
Ya sin vida y sin calor,
no regará vuestras plantas,
ya entre ellas, con sus caricias
á la tortolilla mansa]
en cambio de sus arrullos
no la dará esas migajas,
que en la mano la ofrecía,

premio á su ciega constancia.
Ya mi mano yace inerte,
ya no hay sonrisas del alma
que felicidad vendian,
que la dicha pregonaban.
Ya mis ojos, ay, los míseros
solo saben verter lágrimas,
y no puede aquel dorado
sol, que brilla en la mañana,
dar vida á mi pobre cuerpo,
dar suave calor al alma.
Ay, no! Luces y colores,
yedra, tortolilla y parra;
violetas ¡encanto mio!
y adorno de mi ventana.
Al venir el nuevo dia,
marchitas, deshechas, lácias,
al rayo del sol naciente
que en los cristales resbala;
vereis mi pobre cadáver
que aun una sonrisa guarda
para deciros: adios,
vais, como yo, abandonadas
á morir, por no tener
quien os cuide esta mañana,
y os dé sus caricias tiernas
y sus sonrisas del alma.



ECOS.

I.

— ¡Te vas? «Una linda dama
decía á un marcial guerrero.»
¡Te vas ¡Cruel! Y llorando
dejas tu Blanca?

— No debo
vacilar... Le respondian»
y parto.

— ¡Guárdete el cielo!
— ¡Con tu amor venceré pronto!
— ¡Con el te vás!

— ¡Adios!
— ¡¡Diego!!

Y horrible grito de angustia,
lejano repitió el eco,
y el galope de un caballo
que perdíase entre brezos.

.....
La sangre los campos riega
y el cañon truena á lo lejos,
y el humo la tierra envuelve
y hay rostros que causan miedo.

Entre ellos, entre montones
de desfigurados muertos,
á borbotones la sangre
sale del pecho de Diego,
y su palidez aumenta
y crujen nervios y huesos.

«—Blanca (murmura.) No estás...
Donde has ido... no te veo...
Me abandonas... no me dejes...
Te amo... compasion... ay...

— ¡¡Diego!!

Y su postrimer suspiro,
lejano repite el eco,
mientras la blanca figura
de una monja, coge un cuerpo,
Y... «Soy tu Blanca: le dice.
Que porque has muerto, yo muero.»
Despues... la luna, plateando
los montes y los oteros,
luego... vengando unas huestes
á su pátria y á su fuero,
y dos muertos entre sangre,
y dos almas en el cielo.

II.

Al pié de una muralla carcomida,
la muerte espera un ínclito guerrero,

y familia y amigos abandona
por librará su pátria, de extranjeros.
Venganza y libertad! Estas palabras
repiten á la vez los nobles pechos.
Y libertad, venganza! El eco lleva
en el plomo que cruza por el viento.
Sí, sublimes ideas! Ved los hombres
á su santo calor, morir cual buenos;
ved surgir de esos héroes y mártires
el gérmen de virtud que eleva al pueblo.
Retumban los cañones: la alta sierra
traspone el enemigo, y entre muertos
busca la vil conquista que le infama
para escalar el muro gigantesco.
Mas encuentra al soldado que responde,
matando con su aliento postrimero:
bandidos miserables: las ideas
no morirán jamás, ni el pensamiento.

.
Y al rasgar el sol radiante
el firmamento, otro dia,
una niña, delirante
besaba la estatua fria
de un santo Cristo espirante.

En él, con amante exceso
dejaba beso y plegaria,
en él cifraba el regreso

de aquel que pedia un beso
en muralla solitaria.

Ay, al brillar el cristal,
del sol al primer reflejo,
cual en uu límpido espejo
vió del beso en la señal,
que murió aquel pobre viejo.

Y cayendo anonadada
al peso de su dolor,
la voz ya casi apagada
de aquel triste Redentor,
vibró en aquella morada.

Niña: murió tu buen padre,
la pátria le dió la palma
y yo poseo su alma...
Mira el dolor de mi madre
y recobrarás tu calma.

Mas, la voz del Redentor
curó la profunda herida
de la niña, que embebida
dijo. ¡Bendito Creador!
¡El vive la eterna vida!

Y al brillar en el cristal,
del sol el primer reflejo,
cual en un límpido espejo
vió del beso en la señal,
que no murió el pobre viejo.

III.

La guerra me llama
con roncós tambores;
dejad los dolores,
calmad la pasión.

Corramos, corramos
en pos de victoria;
mi nombre en la historia
será un galardón.

Ya llegan: dejadme,
atras madre mia;
con santa alegría
su voz escuché.

Ya corro: adios alma
del ser que me alienta;
si lavo la afrenta
feliz moriré.

Rezad por mi, madre,
mi prenda querida;
si en esta partida
me llama el morir.

Soy mártir, y espiro
con dulce consuelo;
mi alma en el cielo
verás sonreír.

Mas nó: la pelea
dará mi victoria,
con lauros y gloria
á tí llegaré.]

Y ornada mi frente
verás madre mia.
Adios, en Dios fia
y á tí volveré.

.
Las calles todas se pueblan
de arcos de triunfo y trofeos,
y suenan roncos tambores
y llegan nobles guerreros.
A su cabeza, un doncél,
oye de victoria el eco
y se mira coronado

por aquel valiente pueblo.
Hurra! La gente entusiasta
repite con ronco acento.
Hurra! pátria y libertad
por el invicto guerrero.
Y este, que de gratitud
henchido siente su pecho,
y que las calles recorre
sobre alazano soberbio,
detiene su triunfal marcha
con continente sereno,
y á noble matrona dice
con lágrimas de contento.
¡Madre, pues en Dios fiaste,
coronado hasta tí vuelvo;
Que el dá la gloria á los héroes,
como venturas al pueblo!
Mas, entre vivas y aplausos
perdióse su postrer eco,
y sonaron los tambores
y pasaron los guerreros.
Despues... el doncel invicto
sentia, ya en su aposento,
el cariño de su madre
y el de su querido pueblo.

IV.

«Decid al moro: Enviado

que si como padre, siento,
como español no me rindo
ni cual noble me envilezco.»

Esto Guzman le decia
á un árabe fuerte y negro,
que para él, un pergamino
traia. ¡Borron de un pueblo,
y tratado vergonzoso,
indigno de nobles pechos!

«¿Qué pide el moro, Tarifa
ó mi hijo? Yo cual bueno
antes de mañana, al muro
iré á rescatarle... ¡Pero
pretender de mi, vilezas,
echar mi nombre en el suelo!...

Oyeme bien: si tu rey
no tiene homicida acero,
le mandaré mi puñal
para que divida el cuello
del que es alma de mi alma,
del que es cuerpo de mi cuerpo.»

.
Y mas tarde, al vibrar la trompa bélica,
el ilustre español al muro marcha,
y mira aquel pedazo de su cuerpo
que el martirio y la muerte, bueno aguarda.
Bandidos miserables! Guzman dice
á las turbas que el hierro preparaban,
y un rugido feróz de aquellas hordas

perdióse con el viento en lontananza.
Bandidos miserables! Les repite,
si os falta corazon ú os faltan armas,
yo lanzo mi cuchillo desde el muro
y mi brazo y mi voz á muerte os llaman.
No tembleis: que la sangre de ese niño
mantenga mi nobleza, cuando caiga,
soy padre, pero callo por ser noble...
nunca humillan su frente los de España.
Y aquel bravo Guzman á quien la historia
coronas de laureles le guardaba,
arroja su puñal al enemigo
y sereno sonríe en la muralla.
¡Oh, descansa tranquilo! Tu ves dichas
al lado de aquel sér que tanto amabas,
y hoy vives con el hijo, que miramos
ayer, mártir cual tú, morir en calma.
Allí, cabe los tronos de querubes
contemplas á tu pátria veneranda,
y allí, rezar la has visto por tu nombre
y al cénit, conducirlo entre plegarias.
¡Oh, si, noble soldado! Tu sepulcro
es el espacio azul sin una mancha;
de tu hijo á la memoria, sé dichoso,
que só tu tumba velará la España.
Sí, sublime sonríes: en el mundo
dan á tu nombre santo, dulce hosana,
y allá en el firmamento, hosana, dicen
en el trono de Dios, las puras almas,

V.

De donde viene el triste
soldado herido?

Una niña pregunta
al ver un quinto:

¿De dónde vengo?

El militar responde.

Del campamento.

Allí, por la que un día
guardó mi infancia,

perdí mi sangre y fuerzas
en la batalla;

allí he reñido

cuerpo á cuerpo, valiente,
con enemigos.

¡Oh, no lo sabeis niña

lo que es la pátria,

no sabeis como á ella,

feliz se ama!

Mi sangre toda

puede verterla siempre,

gota por gota.

Sí, niña de estos valles,

mi niña amiga:

es la madre, la pátria
santa y querida;
donde nacimos
y donde á amar llegamos
de goce henchidos.

Ella nos dá consuelos,
ella, emociones;
ella nos hace, santos,
nos torna nobles;
seca las lágrimas
y nos dá las sonrisas
para nuestra alma...

¡Ay, militar valiente,
militar santo;
la niña dice, oyendo
tan fiel relato!
Llega á la niña,
que ella quiere curarte
tu pobre herida.

Pues si tu sangre, debe
ser de tu pátria;
haces mal en inútil
hora, gastarla.
Ven, cada gota

es de tu pueblo amigo,
preciada joya.

Y cuentan que la niña
y el buen soldado,
á los pocos momentos
amor juraron...

Y hasta mas cuentan:
que unió sus corazones
la santa iglesia.

¡Oh niña de estos valles
mi niña amiga;
que eres madre, contemplo,
santa y querida;
y por tu pátria
á tu buen hijo llevas
á la batalla.

SUSPIROS.

Si es suave el cantar del ave
y sublime el sentimiento
que en pueril corazón cabe;
escribir lo que yo siento
será sublime y suave.

Es verdad harto sabida
que el hombre burla al dolor
cuando cruza por la vida;
pero... canta trovador,
que el corazón nunca olvida.

Canta: que aunque algún profano
reirá de tus canciones,
aun hay santos corazones
á dó no llaman en vano
las pérdidas ilusiones.

Aun hay sér que le comprende
al desgraciado poeta;
aun quien sus brazos le tiende
y en su dolor le respeta,
por el que, rüin, le vende.

Oh! Si de la flor preciada,
si del ambiente sereno
no viviera mi mirada,
odiaria la morada
á donde vine, cual bueno.

Si tras la risa que veo
pagar la lágrima mia,
otro llanto no veria;
cerrara el libro en que leo
y mi lira callaria.

Mas... á cantar: pose el alma
sus alas sobre el amor:
hable el trovador en calma,
y á ese otro mundo mejor
vaya á recoger la palma.

Llegue á escribir en el cielo
de su inspiracion mas pura;
y pues es santo su anhelo,
tienda el ave el caudal vuelo
á la celestial altura.

I.

Hay junto á Labastida

un vallecito,
tan poblado de vides
tan vasto y lindo;
que ante él, el alma
siente, si los fulgores
del sol, le bañan.

Muy cerca de la márgen
que borda el Ebro,
en un hermoso prado
de verde suelo,
pacen la yerba
las obejas sencillas
de la ribera.

Van á libar al rio
sus puras aguas,
pardillos y jilgueros
y cogujadas;
y aleteando
dán sobre el cristal suave
su vuelo raudo.

Vienen y van y giran,
igual que lo hacen
las ilusiones todas
del hombre-ángel;

y en caprichosos
círculos, van pasando
á nuestros ojos.

¡Oh, valle sonriente,
valle sereno;
donde doquier palpitan
dulces recuerdos!
No me abandones
cuando me veas triste
por mis dolores.

¡Hay en tu seno, tanta,
tanta poesía,
en tus flores y pájaros,
tantas caricias!..
Que el hombre llora
ante tí al ver cual huyen
sus breves horas.

¡Oh, valle sonriente,
sereno valle,
no le cuentes al mundo
con tu lenguaje!
Que aquí en tu seno
recibí de mi amada
el primer beso.

II.

Bullidora corriente
de fuente clara,
cristal hermoso y suave
de caudal agua:
deja que beba
hasta encontrar la dicha
que dejé en ella.

Deja que donde Clorí
posó su boca,
pose con entusiasmo
la mia, ahora.
Deja que llore
al mísero recuerdo
de mis amores.

Hoy, fuente de esta aldea,
tus aguas viertes
sobre la piedra misma,
caudal y alegre.
Ella y yo, en cambio,
olvidamos há tiempo
que nos amábamos.

Sigue, sigue el camino
por el que vives,

no murmures en vano
como yo lo hice.
El hombre cambia,
pero jamás tus puras,
serenas aguas.

Ellas ván en su curso
con son variado,
diciendo á mis recuerdos,
hoy ya lejanos:
bardo, no llores,
que la pátria no olvida
jamás al hombre.

III.

Aldeanos, venid con vuestros dones
al templo sacrosanto de la pátria,
y dejadlos cual deudas de la dicha
que gozarán mas tarde vuestras almas.
¡Oh, dejadlos serenos! Esas bóvedas
están de santos cuadros salpicadas,
y guardan lo sublime en sus contornos
y dan á nuestro pecho, suave calma.
Son sencillos recuerdos, dulces notas,
sentidas, melancólicas plegarias,
y ván hasta los tronos del Etenrno
á pedir para el hombre, paz y gracia.

Ah, míseros mortales! Dejad, ora,
la vida, que es vacío y nécia farsa,
y llegad al recinto de este templo
que sus hijos queridos, hoy os llama.
No hay mas süave dicha, no hay mas goces
que aquellos que en su seno nos aguardan,
alli las tristes dudas olvidamos
y alli con alegría ríe el alma.
Si, tras de sus recuerdos miro un punto
que mi vista y mi voz á Dios tornaba,
y se llena mi pecho de ilusiones
y rezo, y me arrodillo, y vivo en calma.
Cuando hoy oigo en sus naves, dulces ecos
que llevan en su seno las plegarias,
y el incienso las bóvedas envuelve
y contemplan los hombres, un mañana...
Mi pecho se comprime con la dicha,
ahogándose de júbilo mi alma,
y respiro de Dios el mismo ambiente
y pienso en mas serenos lontananzas.
¡Oh, mi templo querido! Si ayer, loco
tu recinto troqué por ruin morada,
hoy lamento mis yerros, só tus arcos,
y lo que adoras tú, quiere mi alma.
Hoy, olvidado, triste; ya no miro
que existo sin familia, Dios, ni pátria;
pues el que te contempla en el misterio,
hasta el dolor rüin, sufre con calma.
Aquel que se arrodilla ante tu nombre

y siente el corazón latir con ansia,
olvida sus errores y sonríe,
y vé que le redimen las plegarias.

IV.

Sobre el querido pueblo
de mis mayores,
asiéntase una ermita,
lugar de goces.
Donde nuestra alma
aprende á ser sensible,
con las plegarias.

Hay en ella una imágen
de un santo Cristo,
escultura muy rica
sino de mérito.
Pues es la joya
que mas quieren y aprecian
acá en la rioja.

Saturada de lágrimas
y de recuerdos,
con cariño redime
los lugareños;

y ante su nombre
cesan todas las penas
y sinsabores.

Del Cristo aquesta imágen,
á estos vecinos
les dá ciento por uno,
les hace ricos.
Y ellos en cambio
sus plegarias le envían,
buenos rezando.

¡Oh, ermita de este pueblo
del Cristo ermita,
¡Oh, la joya preciada
la mas querida!
En tí se aprende
á ser en este mundo
felices siempre.

V.

Cada pueblo tiene un santo
que lo es de su devocion,
cada mente sus ideas,
cada alma su único amor.
Y así en la rioja, en la villa
de Haro, todos á una voz

rezan á la de la Vega
Virgen de su devocion.

.
Allí, cerca del pueblo,
serena se alza
la ermita mas hermosa
de la comarca.
En ella vive
la Virgen de la Vega,
que le redime.

Asiéntase en un punto,
que diz la gente,
que se llama el paseo
de Vista-alegre.
Pues la tristeza
no cabe dó la Virgen,
la de la Vega.

A su recuerdo dulce
vive el riojano,
legándole á sus hijos;
virtud: trabajo.
Y ante ella aprende
á saber como un pueblo
ser feliz debe.

Sentidas oraciones,

dones sencillos,
son los lemas preciados
de estos vecinos.
Hé aquí todo
para en la tierra, siempre
vivir dichosos.

Yo, cuando en el santuario
veo la Virgen,
cuando al pueblo que reza,
feliz redime;
lloro al recuerdo
de esos pueblos, que el ocio
los torna ateos.

Lloro por ver que el hombre
no guarda siempre,
una Virgen ó un Cristo
que le consuelen.
Porque no sabe
que sin Dios y sin pátria,
solo hay pesares.

¡Oh, Virgen de la Vega:
sigue velando
por los de tu querido
pueblo riojano!

Ellos te adoran
y te dan de sus almas,
sentidas notas.

Ellos al eco suave
de tu buen nombre,
son felices, rezando
por sus mayores.
Y ellos veneran
la hermosa, santa Vírgen,
la de la Vega.

VI.

Valle, aura, pájaro y flor,
hermoso y sereno cielo:
á todos os veo alegres
en mi pobre pensamiento,
á todos os guarda el alma
aun á través de los tiempos,
y solo sabe sentir
á vuestro santo recuerdo.
Oh! ¿Quién no se embriaga al ver
su querida pátria? Siento
ante ella, tanta poesía,
tanto amor, tanto consuelo!
Que desde la juguetona
fuente, al triste cementerio,

á todos doy mis suspiros
en los que ván mis recuerdos.
¡Pátria mia, pueblo santo
donde todo reverencio,
sencillo hogar dó nací
para inspirarme cual bueno,
tú eres mi preciado amigo
tú, de mi memoria el eco!

.....

En la márgen del Ebro,
sencillo se alza
el pueblo mas alegre
de la comarca.
Mi pátria amiga,
la pequeñita aldea
llamada Briñas. (1)

En ella, una mañana
de aurora suave,
vine al mundo, llorando
tal vez, pesares.
Porque los hombres,
al nacer, presentimos
nuestros dolores.

(1) Briñas: pequeño pueblo de la provincia de Logroño.

¡Oh, pueblo de mis dichas,
de mis suspiros;
pátria de mis amores,
de mis delirios!
Existe en calma,
mientras el Ebro besa
tus lindas casas.

Vive, vive dichoso;
los mas pequeños
son los que mas sonríen
en el misterio.
Porque no aspiran
mas que aquella serena
dulce poesia.

En tí duermen los restos
de santa madre,
en tí cesan las dudas,
al contemplarte;
y solo el alma
halla para tí amores,
para ella, lágrimas.

. ;
El hombre recorre ciego
de pasion y de cariño,

desde que se mira niño
hasta que se ve hombre, luego.
Surge de su pecho, el fuego
de sus violentas pasiones,
y en sus nuevas ilusiones
pierde su dicha y su calma,
y en pedazos deja el alma
saturada de ambiciones.

Mas tras continuo anhelar,
tras de constante sufrir,
tras de mucho sonreír
ó tras de mucho penar.
No puede nunca olvidar
el hogar de sus mayores,
y llorando sus errores
eleva á tumba solitaria,
el calor de una plegaria
ó el perfume de unas flores.

Y cómo nó, si sintió
allí su pecho vibrar,
y allí comenzó á rezar,
y allí á ser hombre, aprendió?
De allí sabe que salió
solo tras él viendo penas,
y que ¡ay! aquellas serenas
llanuras de sus hogares,

mitigaron sus pesares
acogiéndole, cual buenas.

Sí. pátria querida mia;
el hombre vé por doquiera
la esperanza lisonjera
que le torna á la alegría.
A su Creador confía
su ruin, mísero pasado,
y de la farsa hastiado
y por la verdad, sediento,
vive feliz y contento
dó sus padres han morado.

Ay! quién supiera al nacer
lo que vale nuestro hogar;
quien comprendiera al gozar,
que se puede padecer.
Lleno de orgullo y poder
al destino retaría,
y con sublime alegría
de su pátria y Dios, en pos,
viviría por su Dios
y el pesar ahuyentaría.

Mas.. siente el progreso: el hombre
vá tras sublime corona

y á sus padres abandona,
creyendo encontrar un nombre.
Sin que la muerte le asombre
llega á gozar, y padece,
mas si su delirio crece
y con su ambicion camina,
es porque, bueno, adivina
el cielo donde se mece.

Es porque vá á lo inmortal
en pos de mágico sino;
es porque sigue el camino
que le marcó su ideal.
Qué imputacion á su mal
puede hacérsele? Al nacer
vino para padecer,
y con su dolor navega
para ver si tal vez llega,
su ideal á poseer.

Oh, santa, sublime idea!
Tú me seguiste de niño,
y con respeto y cariño
me dijiste: vive y crea.
Aunque tu recuerdo sea,
segun el vulgo, ilusion;
mi sencillo corazon

te vió flotar en el cielo,
y por tí, tendió su vuelo
á la serena region.

—
VII.

Cual siempre la vida
del mundo en la farsa
riendo comienza
y llorando acaba.
Así tras los rios
de límpidas aguas,
tras valles serenos
dó pasé mi infancia;
al triste recinto
que á muerte nos llama,
á aquel, donde yacen
pedazos del alma;
con llanto en los ojos
dirijo mi marcha.
Pequeño santuario,
sombrió fantasma,
lugar de los muertos,
consuelo del pária.
Tus puertas y cruces,
tus tumbas sagradas,
y todo el misterio
que en torno resbala,
me dicen: despierta,

aquí está la calma,
aquí cesa el llanto
y la duda acaba.

.
Aquí cesan las horribles
dudas, que matan al hombre,
aquí se vé nuestro nombre
palpitar en lo inmortal.

—
Y aquí la paz nos convida
con una cruz y unas flores,
que ocultan nuestros dolores
y hacen olvidar el mal

—
Oh! Cuando sobre tus tumbas
en silencio discurría,
y de muerte el ala fría
helaba todo mi sér.

—
Alcé los ojos llorosos
apartándolos del suelo,
y ví la alfombra del cielo,
saturado de placer.

—
¿Qué importa la muerte, dije?
¿Qué, la prenda mas querida,
si ella para siempre unida

deja con nosotros, Dios?

¿Qué, la horrible desventura
que nos inspiran los muertos,
si un día en dichosos puertos,
de ellos marchamos en pós?

¡Frias huesas, cementerios!
En vuestro recinto santo,
el bueno seca su llanto
y se mira sonreir.

Pues contempla entre las nubes
como bálsamo á su herida...
Nacer: transitoria vida.
Muerte: eterno porvenir.

...
Si, del sombrío y lúgubre recinto
dó dormimos por siempre, dulce sueño,
surge para nosotros, luz serena
que ilumina al gastado pensamiento.
El es esa esperanza nacarada
que sostiene la vida en nuestros duelos,
y el es ese consuelo que nos llega
de la mansion del Hacedor supremo.
Nacer... morir... Mirad la historia toda

del enano rüin, y del soberbio...

Es la pobre apopeya de los hombres,
el feliz despertar, el triste sueño.

¿Dó habeis ido, venturas? ¿Y qué importa?!

¿Qué hacemos en el mundo? Dejar, nécios,

una rota ilusion en cada idea,

en cada raciociñio, un dolor nuevo,

El amor, la amistad! No los mirasteis

naufragar en las ondas del Leteo?

Todo al fin se derrumba, todo muere

á la implacable mano de los tiempos.

Pero aquí dó nos llaman los querubes,

en el santo recinto de los muertos...

Aquí no hay mas que eternas ilusiones,

y respetos, y lágrimas, y rezos.

No lo visteis jamás!? El mas infame,

el bandido crüel, el mas abyecto,

llega á estos sitios, fiero, y palidece,

quiere retar la muerte, y le dá un rezo.

Oh, no lo dudeis, no! Tan solo el hombre

halla aquí, de sus penas el consuelo,

solo cesan las dudas y las lágrimas

en el santo recinto de los muertos.



FIN.

ÍNDICE.

Prólogo.

Poesías.

Páginas.

<i>A Labastida.</i>	13.
<i>En la tumba de mi querida madre.</i>	17.
<i>Contraste.</i>	22.
<i>La noche serena.</i>	23.
<i>La noche de tempestad.</i>	26.
<i>Lágrima y sonrisa.</i>	31.
<i>La niña abandonada.</i>	32.
<i>El poeta y el ruiseñor.</i>	37.
<i>Un recuerdo.</i>	38.
<i>Berta, la zagala. (Leyenda.)</i>	44.
<i>En tu tumba.</i>	53.
<i>A un castillo.</i>	54.
<i>A la luna.</i>	58.
<i>A una ermita.</i>	61.
<i>Enrique. (Leyenda.)</i>	64.
<i>Un consejo.</i>	72.
<i>Al caer la tarde.</i>	76.
<i>Al progreso.</i>	79.
<i>El huérfano.</i>	82.
<i>El Trovador. (Fragmentos.)</i>	86.
<i>Últimas notas. (Fragmento.)</i>	89.
<i>Ecos.</i>	91.
<i>Suspiros.</i>	103.

INDICE

Introducción

Índice

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20



FÉ DE ERRATAS.

En la página 26, línea 7.^a, donde dice «tormentos,» debe decir tormentas.

En la página 84, línea 21, donde dice «soné,» debe decir soñé.

En la página 88, línea 4.^a, donde dice «tornrrte,» debe decir tornarte.

En la página 88, línea 10, donde dice «miemtras,» debe decir mientras.

En la página 117, línea 16, donde dice «eleva,» debe decir lleva.





1